

y esto entre el aliento de agudo rencor y de lucha que abrasaba la calle.

—¿Sabe usted que vamos á ganar mucho con lancetes como este?—dijo Laboque, dando otra cacerola á Bavette.—Ya no hay buenos obreros, todos son unos chapuceros. ¡Y las averías que hay en una casa como la nuestra! Entra y sale quien quiere, parece esto el puerto de arrebata capas, con estos mostradores y escaparates en la calle... Esta tarde nos han vuelto á robar.

Lenfant, que pagaba lentamente el azadón, se asombró.

—Entonces ¿son ciertos esos robos de que se habla?

—Y tanto como lo son. No somos nosotros quien roba, nos roban á nosotros... Han estado dos meses de huelga, y como no tienen con que comprar, roban lo que pueden... Ahí, en esa caja, hace dos horas, me han robado cuchillos y tranchetes. La cosa no es para tranquilizarse.

Hizo un ademán de súbita inquietud, pálido, temblando, y señaló á la calle amenazadora, llena con la sombría multitud, como si temiera una brusca acometida, una invasión que le despojara, barriendo mercancías y mercader.

—Cuchillos y tranchetes,—repitió Bavette, con su reir continuo;—eso no se come. ¿Qué quiere usted que saquen de eso?... Como Caffiaux, el de enfrente, que se queja de que le han robado una lata de sardinas. Algún pillastre, goloso.

Siempre estaba contenta, segura siempre de que las cosas acabarían bien. ¡Aquel Caffiaux, si que merecía la maldición de las amas de casa! Acababa de ver entrar allí á Bourron, su marido, con Ragú, y de seguro iban á echar á perder allá dentro una moneda de cien céntimos. Pero, ¿y qué? Era natural que un hombre gozase un poco, después de penar tanto. Y cogiendo otra vez de la mano á Marta su hija, se fué, contenta con su hermosa cacerola nueva.

—Vea usted,—continuó Laboque, dirigiéndose al aldeano.—Haría falta tropa. Yo opino que debe darse una buena lección á todos estos revolucionarios. Necesitamos de un gobierno sólido, que pegue duro, para que se respete lo que es respetable.

Lenfant, movía la cabeza. Su buen sentido receloso, vacilaba en declararse por un partido. Se fué con Arsenio y Olimpia, diciendo:

—¡Cómo no acaben mal todos estos líos, entre señores y obreros!

Lucas, hacía un rato que examinaba la casa de Caffiaux, que ocupaba, en frente, la otra esquina de la calle de Brías y de la plaza de la Alcaldía. Los Caffiaux no habían tenido allí, primero, más que una tienda de ultramarinos, muy próspera hoy con su escaparate, y anaqueles, de sacos abiertos, cajas de conservas apiladas, toda clase de comestibles, amontonados, protegidos con red, contra las manos ágiles de los rateros. Después se les ocurrió la idea de añadir un comercio de vinos, y alquilaron la tienda contigua para establecer allí un «despacho de vino-restaurant» en que se hacían de oro. Las fábricas vecinas, el Abismo sobre todo, consumían una cantidad de alcohol espantosa. Un continuo desfile de obreros, entraban y salían, sobre todo los sábados en que se cobraba; muchos se detenían, comían allí, y salían perdidos de borrachos. Era el veneno, el antro envenenador, donde los más fuertes dejaban la cabeza y los brazos. Por lo mismo, Lucas, quiso entrar al punto, para ver lo que allí pasaba; cosa sencilla; comería allí, pues ya no había de hacerlo en casa. Cuantas veces en París, su afán de conocer al pueblo, de bajar al fondo de todos sus sufrimientos y miserias, le había hecho entrar, y pasar horas, en los peores cuchitriles. Tranquilamente, se sentó delante de una mesa cerca del ancho mostrador de estaño. La sala era grande; una docena de obreros hacían el gasto en pie, mientras que otros, sentados junto á las mesas, bebían, gritaban, jugaban á la baraja, entre el humo espeso de las pipas, en el cual, los mecheros de gas, no eran más que manchas rojas. A la primer mirada, reconoció en una mesa próxima á Ragú y á Bourron, que hablaban metiéndose la cara por las narices. Habían debido de comenzar bebiendo un litro; después habían hecho servir una tortilla, salchichas y queso; de suerte que, botella tras botella, ya estaban muy borrachos. Fijóse Lucas, sobre todo, en Caffiaux, que hablaba en pie, cerca de su mesa. El se había hecho

servir un pedazo de carne asada, y comía y escuchaba.

Era Caffiaux un mocetón gordo y sonriente, de cara bonachona.

— ¡Cuando os digo que si hubieseis resistido tres días más, hubierais tenido á los patronos atados de pies y manos, á merced de los obreros!... ¡Recristo, ya sabéis que soy de los vuestros! ¡Ah, sí, cuanto antes me echéis á rodar á todos esos maricas de explotadores, mejor!

Ragú y Bourron, muy excitados, le dieron palmadas en el brazo. Sí, sí, le conocían, bien sabían que era de los buenos, un verdadero amigo. Pero de todas maneras, la huelga es mala de aguantar; ello tiene que acabar por acabarse.

— Los patronos siempre serán los patronos, — balbució Ragú. — Entonces qué? hay que aceptarlos, dándoles lo menos posible por su dinero... Venga otro litro, tío Caffiaux; va usted á beberlo con nosotros.

Caffiaux no dijo que no. Se sentó. Estaba por las ideas violentas, porque había notado que su establecimiento, después de cada huelga ganaba mucho. Nada causaba tanta sed como las disputas. El obrero exasperado, se arrojaba al alcohol; la rabiosa ociosidad habituaba á los trabajadores á la taberna. Además, en tiempo de crisis sabía ser compasivo, daba algo al fiado á las amas de casa, no negaba un vaso de vino á los obreros, seguro de que le pagarían, creándose una reputación de generoso, al empujarlos al abominable consumo del veneno que despachaba. Algunos, sin embargo, decían que Caffiaux, con sus camándulas, era un traidor, un soplón, espía de los patronos del Abismo, con quienes trabajaba en comandita, para saber lo que querían, de los obreros, al envenenarlos. Y aquello era la perdición fatal, la miseria del salario, sin placer ni alegría, que necesitaba la taberna, y la taberna que acababa de corromper el salario. Un mal hombre, un mal paraje, una tienda de miseria, que había que arrasar y barrer.

Lucas se distrajo un instante de la conversación cercana, al ver la puerta interior de la abacería abrirse y aparecer una niña de quince años, bonita. Era Honorina, la hija de los Caffiaux, pequeña, morena,

fina, de hermosos ojos negros. Nunca estaba en el despacho de vinos; servía en la tienda. Se contentó con llamar á su madre, que estaba detrás del gran mostrador de estaño, gruesa, sonriente y de aire bonachón, como su marido. Todos aquellos comerciantes, tan avarientos, todos aquellos tenderos egoistas y duros, tenían hijos muy guapos. Estos hijos, ¿habían de volverse eternamente codiciosos también, duros y egoistas? De pronto Lucas, tuvo como una visión deliciosa y triste. Entre aquella peste de olores, entre el humo espeso de las pipas, entre el estrépito de una reyerta que acababa de estallar, delante del mostrador, vió á Josina, de tal modo vaga y borrosa, que no la conoció al principio. Debía de haber entrado furtivamente, dejando á Nanet á la puerta. Temblorosa, todavía vacilante, se había puesto detrás de Ragú, que no la veía, vuelto de espalda. Y Lucas pudo examinarla un instante, tan débil, con su pobre vestido, el rostro tan suave, perdido en la sombra, bajo la toquilla en girones. Pero un detalle que no había notado antes, allá delante del Abismo, le impresionó. La mano derecha se había separado de la falda, y vió que estaba envuelta en una venda, hasta la muñeca. Debía de ser una herida.

Josina al fin se armó de valor. Había tenido que bajar hasta casa de los Caffiaux, mirar á través de las vidrieras, y distinguir á Ragú en su mesa. Y se acercó con paso menudo, cansado y le apoyó su mano de niña sobre el hombro. Pero él, que ardía de borracho, ni la sintió siquiera. Tuvo que sacudirle, hasta que se volvió.

— ¡Rayo de Dios! ¿Otra vez tú? ¡Pero, qué se te ha perdido aquí?

Había dado tal puñetazo sobre la mesa, que vasos y botellas bailaron.

— Tengo que venir, porque tu no vuelves á casa, — respondió ella, medio cerrando sus grandes ojos asustados, ante la brutalidad que presentía.

Pero Ragú ni la oía, rabiando, vociferando, para hacer efecto entre los camaradas.

— Yo hago lo que quiero, y no consiento que una mujer me espíe. ¿Lo oyes? Yo mando en mí. Y aquí me quedaré, hasta que se me antoje.

—Entonces,—dijo ella aturdida,—á lo menos, dame la llave, para no pasar la noche en la calle.

—¡La llave, la llave!—aulló Ragú.—¿La llave es lo que pides?

Y con movimiento furioso de salvaje se levantó, la sujetó por la mano herida, y la arrastró por la sala, para arrojarla fuera.

—¡Cuando te digo que esto se ha acabado, que ya nada quiero contigo!... Vete á ver si está en la calle la dichosa llave!

Josina, como loca, dando traspiés, lanzó un grito penetrante de dolor.

—¡Ay! ¡que me has hecho daño!

Con toda aquella violencia, el apósito de la mano había sido arrancado; la blanca tela se enrojeció de pronto, con una gran mancha de sangre. Pero esto no impidió al bruto, ciego, loco por el alcohol, abrir de par en par la puerta, y lanzar á la joven al arroyo; luego cuando se hubo sentado pesadamente ante su vaso otra vez, balbució con torpe risa:

—¡Bueno, bueno! si se les hiciera caso, estaba uno divertido.

Fuera de sí, colérico á su vez, Lucas, cerró los puños para lanzarse sobre Ragú. Pero vió la camorra, una batalla con todos aquellos animales. Y ahogándose en aquel lugar abominable, se apresuró á pagar; mientras Caffiaux, que había ocupado el sitio de su mujer junto al mostrador, procuraba arreglar las cosas diciendo con aire bonachón, que la verdad era que había mujeres que no sabían tratar á la gente. ¿Qué quiere usted sacar de un hombre, que ha bebido un vaso de más? Sin responder, Lucas se lanzó fuera, respirando con delicia el aire fresco de la calle mirando á todas partes, rebuscando entre la multitud pues al salir con tanta prisa, no había tenido más idea que la de encontrar á Josina, socorrerla, no dejarla muriendo de hambre, sin pan, sin asilo, en aquella noche sombría de tempestad. Pero en vano se apresuró á subir de nuevo por la calle de Brías y volver á la plaza de la Alcaldía, corriendo entre los grupos. Josina y Nanet habían desaparecido. Sin duda, con el terror de ser perseguidos, se habían en-

terrado en cualquier parte, y las tinieblas de agua y viento se los habían tragado.

¡Qué espantosa miseria! ¡Qué sufrimiento execrable en el trabajo echado á perder, corrompido, convertido en el fermento vergonzoso de todas las degeneraciones! Y Lucas, sangrado el corazón, obscurecido el cerebro, con los más negros vaticinios, volvió á pasar en medio del tumulto siniestro y amenazador, que iba creciendo en la calle de Brías. Encontraba allí el soplo de terror indistinto, que pasaba sobre las cabezas, que venía de la reciente lucha de clases, lucha jamás concluída, cuya próxima renovación se sentía en el aire. La vuelta al trabajo no era más que una paz embustera; la resignación de los trabajadores tenía un solo gruñido, un único anhelo de desquite, llamaradas próximas á brillar de nuevo. A los dos lados de la calle rebosaban las tabernas, el alcohol devoraba el jornal, exhalaba su veneno hasta el arroyo; mientras que las tiendas de los abastecedores no se desocupaban; sacando de la manguada bolsa de las pobres mujeres de los obreros, la inícuca y monstruosa ganancia del comercio. Donde quiera, los trabajadores, los muertos de hambre, eran explotados, devorados, triturados, bajo las ruedas de la máquina social que rechinaba, cuyos dientes eran más duros porque se desvencijaba. Y en el lodo, bajo los mecheros de gas como azorados, Beauclair entero giraba allí, con su patear de rebaño perdido, como si caminara ciego al abismo, próximo á una gran catástrofe.

Entre la multitud, Lucas reconoció á varias personas, que ya había visto, cuando había estado en Beauclair por vez primera, en la primavera última. Allí estaban las autoridades, sin duda con el temor de sucesos graves. Vió pasar junto al Alcalde, Gourier y al sub-Prefecto, Chatelard; el primero, rico propietario, alarmado, hubiera querido tropa; pero el otro, un desecho de París, eso sí, de buen trato, más cauto, había tenido la prudencia de contentarse con gendarmes. Pasó también el presidente del Tribunal, Gaume, que llevaba consigo al capitán retirado Jollivet, prometido de su hija. Delante de la casa de Laboque, se detuvieron para saludar á los

Mazelle, antiguos comerciantes, á quien sus rentas, ganadas pronto, habían hecho entrar al cabo en la buena sociedad del pueblo. Toda esta gente hablaba bajo, con expresión de inquietud, mirando de soslayo el desfile de los trabajadores, celebrando el sábado. Al pasar junto al grupo, oyó á los Mazelle, que hablaban también de robos, y que por lo visto pedían noticias al magistrado y al capitán. Los chismes corrían de boca en boca. La moneda de cinco francos cogida en el mostrador de Dacheux, la caja de sardinas, robada en el escaparate de Caffiaux; pero sobre todo los tranchetes robados á Laboque, merecían los graves comentarios. El terror esparcido se apoderaba de los prudentes. ¿Quería decirse que los revolucionarios se armaban, que habían proyectado alguna matanza para la alta noche, aquella noche de huracán cuya negrura abrumaba á Beauclair? La desastrosa huelga todo lo había desorganizado; el hambre ponía furiosos á los miserables; el alcohol de las tabernas les inspiraba la demencia devastadora y mortífera. Y por el lodo de la calle inmunda, á lo largo de las fangosas aceras iba toda la ponzoña, toda la degradación del trabajo inútil de los más para el goce de unos pocos; el trabajo deshonorado, execrado, maldito, la espantosa miseria que de él resulta, el robo y la prostitución, que son como su flora monstruosa. Pálidas mujerzuelas pasaban, obreras de las fábricas, seducidas por algún novio, que después rodaban hasta el cieno, carne barata del placer, sórdida y dolorosa, que, por cuatro cuartos, miserables borrachos se llevaban á la obscuridad de los charcos de los talleres de cantería próximos.

Crecía en el alma de Lucas la compasión, y la cólera y el dolor le sulevaban. ¿Dónde estaba Josina? ¿En qué rincón de sombra espantosa había ido á caer con el pobre Nanet? De repente, hubo gritos. Sobre el tumulto, pasó como una ráfaga, que hizo remolinos de gente, arrastrando el tropel. Pudo creerse que era el asalto de las tiendas, que se entraba á saco las provisiones expuestas á los dos lados de la calle. Se precipitaron los gendarmes, hubo carreras, estrépito de botas y de sables. ¿Qué sucedía, qué sucedía? Y en el terror aumentado, volaban las preguntas, pre-

surosas, balbucientes, cruzándose con las respuestas del espanto.

Oyó Lucas á los Mazelle, que volvían diciendo:

—Es un niño que ha robado un pan.

Ahora la multitud, violenta y hurañá, subía por la calle á escape. El suceso debía de haber ocurrido más arriba, hacia la panadería Mataine; gritaban las mujeres, cayó un viejo que hubo que recoger. Un gendarme, corpulento, corría de tal modo entre los grupos, que derribó á dos personas.

El mismo Lucas había echado á correr, arrastrado por el pánico general. Y pasó cerca del Presidente Gaume, que decía con su voz lenta al capitán Jollivet.

—Es un niño que ha robado un pan.

Entonces Lucas, que llegaba á la panadería Mataine, siguiendo el sureo que iba dejando el gendarme entre la multitud, le vió lanzarse descompuesto, para prestar ayuda á un compañero delgado y alto, que sujetaba con fuerza por la muñeca, á un niño de cinco á seis años. Lucas reconoció á Nanet, con su cabeza rubia y enmarañada, que llevaba muy alta, á pesar de todo, con su aire resuelto de hombrecillo. Acababa de robar un pan, en el escaparate de la hermosa señora Mataine. El robo era innegable; pues todavía llevaba la hogaza, casi tan grande como él. Este robo de un niño era lo que acababa de remover, de trastornar toda la calle de Brías. Transeúntes que lo habían visto, habían avisado al gendarme, que había echado á correr. Pero el niño había andado ligero, había desaparecido entre los grupos, y el gendarme empeñado, desencadenando un ruido de tormenta, hubiera acabado por amotinar á todo Beauclair. Y ahora triunfante, volvía con el culpable al teatro del crimen, para confundirlo.

—Es un niño que ha robado un pan—repetían las voces.

La señora Mitaine, pasmada de tal estrépito, había acudido también á la puerta de su tienda. Quedó asombrada, cuando el gendarme, dirigiéndose á ella, dijo:

—Ahí le tiene usted, señora. Este es el tuno que acaba de robarle esta hogaza.

Y sacudiendo á Nanet, quiso aterrarle.

—¿Sabes que vas á ir á la cárcel? ¿Di, por qué has robado un pan?

Pero el niño, no se turbaba fácilmente. Con toda claridad, respondió, con su voz aflautada:

—No he comido desde ayer, ni mi hermana tampoco.

En tanto, la señora Mataine se había serenado. Miraba al chiquillo con aquellos ojos, tan llenos de indulgente bondad. ¡Pobre arrapiezo! ¿Y su hermana, dónde le había dejado? Vaciló la panadera un instante, y se puso un poco colorada. Después, con aquella amable sonrisa, de buena moza, corteja la por toda su parroquia, dijo alegre y apacible:

—Se ha equivocado usted, gendarme; este niño no me ha robado un pan. Yo se lo he dado.

Boquiabierto, el gendarme, se plantó delante de ella, sin soltar á Nanet. Diez personas habían visto á éste coger el pan y echar á correr. Y de pronto, el carnicero Dacheux, que había atravesado la calle, intervino, acalorado, furioso.

—Pero si lo he visto yo mismo... Justamente, estaba mirando. Se arrojó sobre el más grande, y pies para qué os quiero... Tan seguro como me han robado antes de ayer cinco francos, y como han robado hoy todavía, á Laboque y á Caffiaux, este gusarapo, acaba de robarla á usted, señora Mataine... No diga usted que no.

Muy colorada por el embuste, la panadera, repitió suavemente:

—Se engaña usted, vecino. Soy yo quien le ha dado el pan á este niño. No lo ha robado.

Y como Dacheux se enfureciese contra ella, prediciéndole que, con tamaña indulgencia, acabaría por conseguir que le saqueasen y degollaran á todos. Chatelard el sub-Prefecto, que había juzgado la escena, con su golpe de vista de hombre prudente, se acercó al gendarme, y le hizo soltar á Nanet, al cual gritó con voz de coco:

—Largo de aquí, pronto, galopín.

Ya la multitud gruñía, se enfadaba. ¡Cuando la panadera afirmaba que le había dado ella el pan! ¡Un

pobre muñeco, del tamaño de una bota, en ayunas desde la víspera!

Hubo gritos, silbidos; una voz brusca, atronadora, se destacó, dominó el estrépito.

—¡Ah, rayo de Dios! ¿Con que son los pillastres de seis años los que tienen que darnos hoy el ejemplo?... Ha tenido razón ese niño. Cuando hay hambre, se puede coger todo. Sí, todo lo que hay en las tiendas es nuestro, y por cobardes, estalláis de hambre.

El tropel tumultuoso, se revolvió, refluó, como cuando se arroja una piedra en una charca. Se preguntaba: ¿Quién es, quién es? Y pronto corrió la respuesta: ¡es el cacharrero, es Lange, es Lange!

Lucas entonces, en medio de los grupos, que se separaban, distinguió al personaje; un hombre pequeño y fornido, de veinticinco años apenas, de cabeza cuadrada, de barba y cabellera negras y enmarañadas. De aspecto rústico, con fuego de inteligencia en los ojos, hablaba con las manos en los bolsillos, con los rudos arranques de un poeta en bruto, vociferando sus visiones.

—Los comestibles, el dinero, las casas, los vestidos, á nosotros nos lo han robado, nosotros tenemos el derecho de recuperarlo todo. Y sin esperar á mañana, esta noche, debiéramos volver á posesionarnos del suelo, de las minas, de las fábricas, de Beauclair entero, si fuéramos hombres! No hay dos medios, no hay más que uno. Echar por tierra el edificio de un golpe; destruir donde quiera la autoridad á hachazos, para que el pueblo, á quien pertenece todo, pueda reconstruirlo por fin!

Algunas mujeres tuvieron miedo. Los mismos hombres, ante la vehemencia agresiva de estas palabras, se callaban ahora, retrocedían, temiendo las consecuencias. Pocos comprendían. Los más no sabían de esta rebeldía exasperada bajo el peso abrumador y secular del salario. ¿A qué venía todo aquello? De todos modos se reventaría de hambre y además se iría á la cárcel.

—Ya lo sé; no os atrevéis.—continuó Lange, en tono de terrible burla grosera.—Pero no faltará quien se atreva algún día... A vuestro Beauclair, se le hará

saltar, si no se viene él abajo de puro podrido. No tenéis narices si no oléis esta noche que todo está perdido, y que esto apesta á carroña. Todo esto es un estercolero. No hay que ser gran profeta para anunciar que el viento que sopla se llevará el pueblo y á todos los ladrones, á todos los asesinos, vuestros señores amos... ¡Que todo se hunda, que todo estalle; muera, muera!

Tal iba siendo el escándalo, que Chatelard, el Sub-Prefecto, aunque partidario de la indiferencia, se vió forzado á castigar. Había que prender á alguno; tres gendarmes se arrojaron sobre Lange, y se lo llevaron por una travesía, oscura y desierta, por donde se perdió el ruido de sus botas. En la multitud, por lo demás sólo había habido opuestos movimientos, indistintos, pronto calmados. El tropel se dispersó, y volvió el pisotear lento y silencioso sobre el negro lodo, de un extremo á otro de la calle.

Pero Lucas, se había estremecido. La amenaza profética estallaba como la terrible consecuencia de lo que veía, de lo que oía, desde el anochecer. Tanta iniquidad, tanta miseria, llamaban la catástrofe final, que él también había sentido llegar del fondo del horizonte, como una nube de venganza, que quemaría, que arrasaría á Beauclair. Y sufría por su horror á la violencia. ¡Qué! ¿El alfarero tendría razón? ¿Harían falta la fuerza, el robo, el asesinato, para volver á la justicia? Trastornado, había creído ver en medio de los duros y sombríos rostros de los trabajadores, pasar los rostros pálidos de Gourier el Alcalde, del Magistrado Gaumé, del capitán Jollivet. Y luego, los Mazelle, sudando de miedo, volaban á pasar delante de él, á la luz temblona del gas. Le dió horror la calle, y ya no tuvo más que una idea de compasión y de consuelo, alcanzar á Nanet, seguirle, saber en qué rincón tenebroso se había escondido Josina. Nanet, andaba, andaba, con todo el valor de sus piernecitas. Y Lucas, que le había visto escapar por lo alto de la calle de Brías, hacia el Abismo, le alcanzó bien pronto, porque al niño le costaba trabajo correr con el pan. Lo apretaba contra el pecho, con los dos brazos, temiendo perderlo, y también, sin duda, que un malvado ó que un perrazo se lo arrancasen.

Cuando oyó detrás de sí el paso acelerado de Lucas, debió de sentir un miedo espantoso, y quiso correr. Pero al volverse, reconociendo, á la luz de una de las últimas tiendas, al señor que les había sonreído á él y á su hermana, se tranquilizó y se dejó alcanzar.

—¿Quieres que te lleve yo el pan?—le preguntó el joven.

—¡Ca, no; lo llevo yo! Me da gusto.

Ya estaba fuera de Beauclair, en la carretera, en la obscuridad, bajo un cielo de nubes rastreras y tumultuosas. Solo, á cierta distancia, empezaban á verse las luces del Abismo. Y se oía el menudo chapotear del niño en el lodo; mientras que con abrazos ya más flojos levantaba el pan cuanto podía, para no mancharlo.

—¿Sabes á dónde vas?

—Pues claro.

—¿Y es lejos?

—No; es á un sitio.

Un vago temor debía de volver á inquietar á Nanet. Acortó el paso. ¿Por qué quería aquel señor saber á dónde iba? El hombrecillo, que se sentía único protector de su hermana mayor, recurría al disimulo. Pero Lucas, comprendiéndole, y queriendo probarle que era amigo, tomó la cosa á juego, y le levantó en peso de repente, en el momento en que el niño iba á dar la voltereta en un charco.

—¡Aupa! señor mío. No hay que untar con dulce el pan!

Conquistado, sintiendo el calor cariñoso de aquellos brazos de hermano grande, Nanet soltó la carcajada, confiado como niño, tuteando de repente al nuevo amigo.

—¡Caramba qué fuerza tienes! Y qué bueno eres.

Y siguió trotando, ya tranquilo. Pero ¿dónde se había enterrado Josina? El camino se alargaba. Y Lucas creía reconocer á la joven, esperando en la sombra inmóvil de cada tronco de árbol. Se acercaban al Abismo. Los golpes del martillo-pilón ya sacudían el suelo. Y todo el contorno se iluminaba por la nube ardiente de los vapores que atravesaban grandes rayos eléctricos. Nanet, sin pasar la fábrica, dió vuelta, tomó por el puente y atravesó el Mionna. Lucas se vió,

de este modo, conducido otra vez al mismo sitio en que los había encontrado por la tarde. De repente, el niño corrió á escape; le perdió de vista, pero le oyó que decía riendo alegre:

—¡Toma, hermana, toma! Mira, mira esto; esto sí que vale!

Al extremo del puente, la orilla descendía, y allí había un banco, á la sombra de una empalizada, enfrente del Abismo, que humeaba y soplabá á la otra orilla del río. Lucas había tropezado con la empalizada, cuando oyó las carcajadas del chiquillo convertirse en gritos y en llanto. Se orientó al fin, y comprendió lo que pasaba, viendo á Josina tendida sobre el banco, exánime. Allí había ido á caer, de hambre y de dolor, dejando marchar á su hermano, sin darse cuenta clara de lo que tramaba su valentía de hijo del arroyo. Encontrábala el niño, fría, como muerta, y sollozaba desesperado.

—¡Despierta, hermana, despierta, que hay que comer; come, ya lo hay. Es pan!

También Lucas tenía lágrimas en los ojos. ¡Cuánta miseria! ¡Qué atroz destino de privaciones y de dolores, para seres tan débiles, tan valerosos, tan encantadores! Bajó rápidamente hasta ella. Mionna, empapó en el agua el pañuelo y volvió, á humedecer las sienes de Josina. La noche, trágica, por dicha, no era fría. Cogió las manos de la joven, las frotó, las reanimó entre las suyas; suspiró ella por fin, y pareció despertar de un negro ensueño. Pero en el abatimiento de su larga inanición, nada extrañó; le pareció muy natural que su hermano estuviera allí, con aquel pan y acompañado de aquel caballero alto y guapo, á quien reconocía.

Tal vez pensó que era aquel señor quien había traído el pan. Sus pobres dedos, debilitados, no podían romper la corteza. Tuvo él que ayudarla; iba rompiendo el pan en cantos menudos, y se los daba uno á uno, lentamente, para que no se atragantase, en su furia por calmar el hambre atroz, que la sofocaba. Entonces, tembló todo su cuerpo, tan delicado; y lloró, lloró sin fin, siempre comiendo, empapando cada bocado de pan con lágrimas, con una voracidad, con una torpeza temblorosa de animal apaleado, que

no acierta ni á tragar, y se da prisa. Suavemente, con el alma deshecha, como aturdido, Lucas le detenía las manos, y seguía dándole los pedazos de pan, uno á uno. Ya jamás había de olvidar esta comunión de dolor y bondad, este pan de vida, que daba á la más miserable y á la más encantadora de las criaturas.

En tanto Nanet, se llamaba á la parte, tragaba como niño glotón, orgulloso de su hazaña.

Extrañaba las lágrimas de su hermana. ¿Por qué lloraba si la estaban dando un banquete? Después que acabó de comer, con el sepor del hartazgo, se acurrucó contra la joven, y se quedó como abrumado por un brusco sueño, el sueño feliz de todos los pequeñuelos, que sonríen á los ángeles.

Josina con el brazo derecho, le oprimía contra sí, algo repuesta, arrimada al banco, mientras Lucas, seguía sentado á su lado, no pudiendo resolverse á dejarla sola, en medio de la noche, con aquel niño dormido. Había llegado á comprender que si ella mostraba tan poca destreza, era también por causa de la mano herida, alrededor de la cual había atado, como había podido, la venda manchada de sangre. Habló Lucas.

—¿Es decir, que se ha hecho usted daño?

—Sí señor. Una máquina de picar las botinas me ha roto un dedo. Ha habido que cortarlo. Pero fré por mi culpa, según dijo el contraamaestre, y el señor Gourier ha hecho que se me dieran cincuenta francos.

Hablaba en voz algo baja, muy suave, que á ratos temblaba con una especie de vergüenza.

—Según eso, trabaja usted en la zapatería del señor Gourier, el Alcalde.

—Sí señor. Entré á los quince años; y ahora tengo diez y ocho... Mi madre trabajó allí veinte años, pero ha muerto. Estoy sola. No tengo más que á mi hermanito Nanet, que tiene seis años. Yo, me llamo Josina

Y siguió contando su historia; Lucas sólo con hacer algunas preguntas, lo supo todo. Era la historia vulgar y conmovedora de tantas pobres muchachas: un padre que se va, que desaparece con otra mujer; una madre que queda con cuatro hijos entre los brazos,

que no consigue sustentarlos, ni con tener la suerte de perder dos; y en esto la madre muere, por el trabajo demasiado rudo. La niña se convierte en mamá pequeña del hermano, á los diez y seis años; á su vez se mata trabajando, sin conseguir siempre ganar pan para los dos. Luego, viene el drama inevitable de la obrera bonita; el seductor que pasa, aquel Ragú buen mozo, verdugo de corazones, de cuyo brazo se paseó ella los domingos después del baile; y esta es su culpa. Prometía cosas tan buenas!; ya se veía casada, en su linda casita, criando á su hermano con los hijos que fuera teniendo. Su culpa había sido esa, entregarse, una noche de primavera, en un bosque, detrás de la Guerdache. No sabía bien siquiera hasta qué punto había consentido. Hacía seis meses, había cometido la segunda falta, la de irse á vivir con Ragú, que no volvió á hablarla de matrimonio. Después vino el accidente de la fábrica, y el dedo roto; no pudo continuar trabajando, precisamente en el momento en que la huelga ponía á Ragú tan furioso. Era tan malo, que había empezado á pegarla, acusándola de su miseria. Y todo había ido empeorando. Y ahora la arrojaba á la calle; ni siquiera quería darle la llave, para ir á acostarse con Nanet. Sentía Lucas la obsesión de un pensamiento.

—Si tuvieran ustedes un hijo, eso le ataría tal vez; se decidiría á casarse.

Con gesto temeroso exclamó ella:

—¡Un niño con él! ¡Oh Dios mío! ¡Esa sería la mayor desgracia!... Ya lo repite él. No quiere cargar con chiquillos. No, no haya miedo... Su idea es, que cuando uno se junta así con una, no es más que por gusto de los dos; y luego, en cansándose, hasta la vista, cada cual por su lado.

Volvió el silencio, no hablaron más. La certeza de que no era madre, ni lo sería con aquel hombre, había causado á Lucas, en su compasión dolorosa, una singular dulzura, una especie de consuelo que no se explicaba. Sentimientos confusos despertaban en él; mientras dejando vagar la mirada por la obscura lejanía, volvía á encontrar aquella garganta de Brías, vislumbrada en el crepúsculo, ahora perdida en la sombra. A los dos lados, los Montes Bleuses, levantaban

sus vertientes de roca, en tinieblas más espesas. Á su espalda, á intervalos, á media ladera, oía pasar el zumbido de un tren que silbaba y acertaba la marcha al entrar en la estación; y á sus pies distinguía el Mionna glauco, que bullía espumoso al dar con la estacada de madera, cuyos postes sostenían el puente. A la izquierda, la brusca abertura de la garganta, los dos promontorios de los Montes Bleuses, separándose en la inmensa llanura de la Rumaña, donde la noche tempestuosa se extendía en un mar negro y sin fin, más allá del vago islote de Beauclair, alumbrado, como estrellado, por pequeñas luces, como chispas. Pero sus ojos volvían siempre á su frente, al Abismo, aparición de aspecto medroso, bajo los humos blancos que las lámparas eléctricas de los patios incendiaban. Por los grandes huecos abiertos, se distinguía, de vez en cuando, ardientes fauces de horno, chorros deslumbradores de metal en fusión, vastos incendios rojos: todas las llamas del infierno interior, que era la obra devoradora y tumultuosa del monstruo. El suelo temblaba en torno, el baile acompañado de los martinetes no cesaba, acompañado del sordo roncar de las máquinás, y de los golpes profundos de los grandes martillos, que parecían un cañoneo lejano.

Lucas, llenos los ojos de esta visión, el alma dolorida, por el destino de aquella Jcsina, tan abandonada, tan miserable, sobre aquel banco al lado suyo, se decía que en esta desgraciada repercusión todo el desastre del trabajo mal organizado, deshonorado, maldito. Toda aquella triste velada suya venía á parar á tal sufrimiento, al sacrificio humano de la triste niña; los desastres de la huelga, los corazones y los cerebros envenenados por el odio, las egoístas durezas del negocio, el alcohol convertido en el olvido necesario, el robo legitimado por el hambre, toda la vieja sociedad, crujiendo bajo el cúmulo de sus iniquidades. Y todavía creía oír la voz de Lange, profetizando la catástrofe final, que arrastraría á Beauclair, corrompido y corruptor. Y volvía á ver, sobre todo, las pálidas mujerzuelas, errantes, de la calle, la carne barata del placer, de los pueblos industriales, la última sima de la prostitución, donde el cáncer del salario arroja á las obreras hermosas de las



fábricas. ¿No era allí donde Josina iba á dar? Seducida, abandonada en medio del arroyo, luego recogida por los borrachos, la pendiente iba rápida hasta el lodo. Veía en ella un espíritu sumiso, alma amorosa, una de esas ternuras adorables, que son, á la vez, valor y recompensa de los fuertes. El pensamiento de abandonarla sobre aquel banco, de no librarla del siniestro destino, de tal modo le pareció repulsivo, que ya no hubiera podido vivir sin tenderle una mano fraternal de socorro.

—Ello es, que no puede usted dormir aquí con este niño. Es necesario que ese hombre la recoja. Después ya se verá... ¿Dónde vive usted?

—Cerca de aquí, en el Beauclair viejo, calle de las Tres Lunas.

Explicó lo que había. Ragú habitaba un cuarto reducido de tres piezas, en la misma casa que una hermana suya, á quien todos llamaban la Pelos, sin que se supiera por qué. Sospechaba ella que si realmente Ragú no tenía consigo la llave, debía de habérsela dejado á la Pelos, que era una mujer terrible, muy mala para las pobres muchachas. Al hablar Lucas de ir tranquilamente á pedir la llave á tal furia, Josina tembló.

—¡Ah no, á ella no! Me aborrece... Si estuviera una segura de dar con su marido, que es un hombre excelente... Pero sé que esta noche trabaja en el Abismo... Es un maestro pudelador, que se llama Bonnaire.

—Bonnaire,—repitió Lucas, herido por un recuerdo.—A ese le he visto la última primavera, cuando mi visita al Abismo. Y hasta hablé mucho con él. Me explicó el trabajo. Es un mozo inteligente, y que en efecto me pareció muy buena persona... Es muy sencillo; voy ahora mismo á hablar con él, de este asunto.

Josina dejó oír un grito de ardiente gratitud. Toda temblaba, sus pobres manos se juntaron, en un arranque de todo su sér.

—¡Ah señor, qué bueno es usted! ¡Qué agradecida le estoy!

Un sombrío resplandor rojizo venía del Abismo, y Lucas pudo ver á la joven ahora, libre la cabeza, la

toquilla en girones caída sobre los hombros. No lloraba ya. Los azules ojos brillaban enternecidos, la boca pequeña volvía á tener sonrisas de juventud. Delgada, flexible, muy graciosa, conservaba una expresión infantil, juguetona todavía, sencilla, alegre. Los largos cabellos rubios, como avena madura, destrenzados sobre la nuca, la mostraban como una niña, que conservaba el candor en su abandono. Lucas, penetrado por un encanto infinito, se sentía poco á poco prendado por entero, con emoción y asombro, ante la deliciosa mujer, que se destacaba de aquella misera pobreza con que se había encontrado; asustada, mal vestida, llorosa. Y la miraba con adoración. ¡Y ella se entregaba ingenuamente con toda el alma de pobre sér al fin socorrido, amado! Tan guapo, tan bueno, se le aparecía como un Dios, después de las brutalidades de Ragú. Hubiera besado la huella de sus pasos; y seguía ante él con las manos en cruz, la izquierda oprimiendo la derecha, la mutilada, la del trapo manchado de sangre. Y algo muy dulce y muy fuerte los enlazaba en lazo de infinita ternura, de amor infinito.

—Nanet le llevará á usted á la fábrica, señor. Conoce todos los rincones.

—No, no, ya sé el camino. No hay que despertarle; le da á usted calor. Espérenme los dos tranquilos.

La dejó sobre el banco, con el niño dormido, en la negra noche. Y al separarse, una gran claridad iluminó el promontorio de los Montes Bleuses, á la derecha, por encima del parque de la Crecherie, donde estaba la casa de Jordan. Se distinguió el perfil obscuro del horno alto, al costado de la montaña. Era una sangría; todas las rocas cercanas, y hasta los tejados de Beauclair, aparecieron iluminados, como por la grana de una aurora.

II

Bonnaire, el maestro pudelador, uno de los mejores obreros de la fábrica, había representado importante papel en la última huelga. Leía los periódicos de París; de espíritu recto, á quien sublevaban las iniquidades del salario, bebía, en tal lectura, una instrucción revolucionaria, con muchas lagunas, pero que había hecho de él un partidario bastante puro de la doctrina colectivista. Cierta que, como él decía con gran prudencia, con el hermoso equilibrio del hombre laborioso y sano, aquellos eran los sueños que había que esforzarse por alcanzar un día; y en tanto, se trataba de obtener toda la justicia realizable inmediatamente, para que los compañeros sufriesen lo menos posible. La huelga, de tiempo atrás, se había hecho inevitable. Tres años antes, habiendo peligrado el Abismo, en manos de Miguel Qurignon, el hijo del señor Jerónimo, su yerno Boisgelin, un desocupado, un señorito, guapetón, de París, que se había casado con su hija Susana, había tenido la idea de salvar la fábrica, de gastar en ella los restos de su fortuna, muy comprometida, por consejo de un su primo pobre, Delaveau; el cual se había obligado formalmente á sacar el treinta por ciento al capital comprometido. Y hacía tres años que Delaveau, ingeniero diestro, trabajador incansable, venía cumpliendo su promesa, gracias á una organización y á una dirección enérgicas, cuidando de los menores detalles, exigiendo de todos una disciplina absoluta. Una de las causas de los malos negocios de Miguel Qurignon, era un desastre que se había producido en el mercado metalúrgico de la comarca, desde que la fabricación de rieles y de grandes armaduras de hierro había dejado de ser

productiva á causa del invento de un procedimiento químico, que en el Norte, y en el Este, permitía utilizar á bajo precio vastos yacimientos de mineral, hasta entonces muy defectuosos. Las fábricas de acero de Beauclair ya no podían competir en baratura, y la ruina era evidente. El rasgo de genio de Delaveau consistió entonces en comprender que debía cambiar la fabricación, abandonar los rieles y las armaduras, que el Norte y el Este daban á veinte céntimos el kilo; atenerse á los objetos finos y cuidados, á las granadas y cañones, por ejemplo, que se venden de dos á tres francos. La prosperidad había vuelto; el dinero metido por Boisgelin en el negocio le producía una renta considerable. Pero se había necesitado nueva maquinaria, obreros mejores, más atentos á su tarea, y por consiguiente mejor pagados. Al principio, la huelga no había tenido más causa que esta alza de los salarios. Los obreros eran pagados á cien kilogramos, y Delaveau mismo admitía la necesidad de nuevas tarifas. Pero quería seguir siendo el dueño absoluto de la situación, sobre todo no parecer que obedecía á las órdenes de sus obreros. Inteligencia entregada á una especialidad, muy autoritaria, muy tenaz en sus derechos, aun procurando ser leal y justo, consideraba el colectivismo, particularmente, un sueño destructor; y declaraba que tales utopías conducirían en línea recta á espantosas catástrofes. Y la querrela, entre él y aquel mundo reducido, de trabajadores, que era su reino, se había agravado el día en que Bonnaire había logrado casi poner en pie un sindicato de defensa; pues si Delaveau admitía las cajas de socorro y de retiro, y aun las cooperativas de consumo, reconociendo que no estaba prohibido al obrero mejorar su suerte, protestaba con violencia contra los sindicatos, las agrupaciones de intereses, armadas para la acción colectiva. Por aquí comenzó la lucha; no se mostró propicio á terminar la revisión de las tarifas; creyó que debía armarse él también, declarar en cierto modo el Abismo en estado de sitio. Desde que apretaba las clavijas, los obreros se quejaban de no tener ya libertad individual. Se les vigilaba con rigor en actos y pensamientos, hasta fuera de la fábrica. Los que se hacían humildes y adúladores,